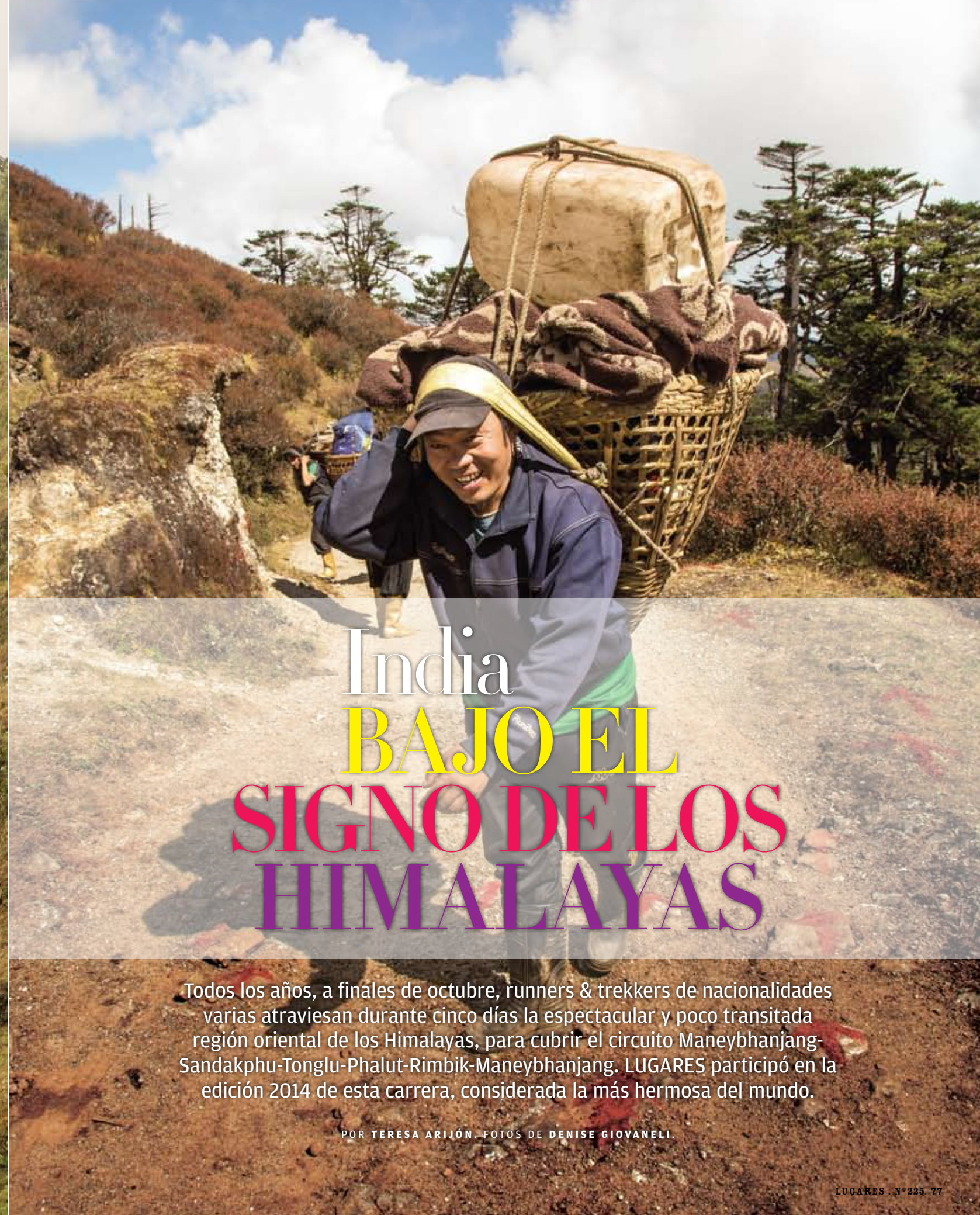


Runners & walkers en el último tramo del difícil ascenso a Sandakphu.
ENFRENTA Porteadores nepaleses cargando *dokos* camino a Rimbik.



India BAJO EL SIGNO DE LOS HIMALAYAS

Todos los años, a finales de octubre, runners & trekkers de nacionalidades varias atraviesan durante cinco días la espectacular y poco transitada región oriental de los Himalayas, para cubrir el circuito Maneybhanjang-Sandakphu-Tonglu-Phalut-Rimbik-Maneybhanjang. LUGARES participó en la edición 2014 de esta carrera, considerada la más hermosa del mundo.

POR TERESA ARIJÓN. FOTOS DE DENISE GIOVANELI.



S

uce con puntualidad estacional después de los monzones. La *Himalayan 100 Miles Stage Race & Mount Everest Challenge Marathon* no sólo es famosa por las vistas panorámicas de los montes Everest, Makalu, Lhotse y Kanchenjunga, cuatro de los cinco picos de mayor altura del planeta, es también una de las más desafiantes. Abierta a

no deportistas y curiosos que se atrevan –las condiciones requeridas en este caso son sólo dos: buena salud y espíritu aventurero–, propone una manera inédita y segura (maravillosamente bien organizada) de recorrer a pie montañas y valles sagrados, con apoyo de vehículos doble tracción, guías y “aid stations” y un rush de adrenalina extra.

No es la India multitudinaria y caótica, con vacas y hasta elefantes por las calles, de las grandes metrópolis Mumbai o Nueva Delhi; ni la de Teresa de Calcuta y sus pobres más pobres del mundo. Tampoco la de Varanasi y el Ganges, fundada nada menos que por un dios (Shiva), que promete liberar del ciclo de las reencarnaciones a quienes

mueran allí. Ni la de Chennai (otrora Madrás) y Kollywood, meca del cine tamil. Tampoco la de las veneradas cuevas de Armarnath con su gélido lingam (representación del dios Shiva), o la del romántico Taj Mahal en Agra. Es la India de las cumbres imponentes, donde extensas plantaciones de té color esmeralda tapizan cuevas y faldeos; la India de



AQUÍ Saraswati, deidad hindú, preside la entrada de una escuela en Darjeeling. **ABAJO** Banderas de rezo budistas en las cercanías de Megma. **ENFRETE** Vista del Kanchenjunga desde Sandakphu al atardecer.





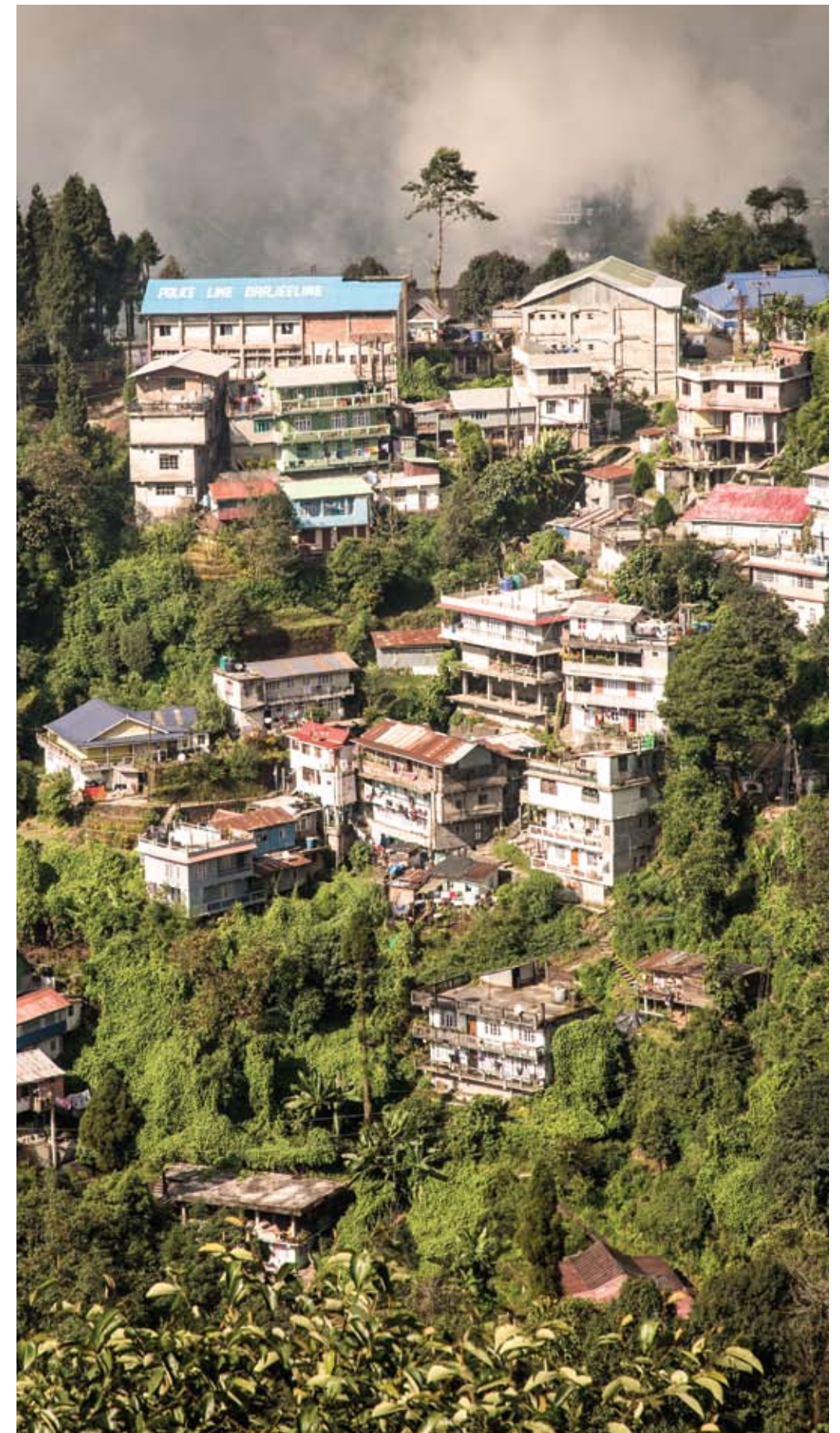
las *dhar-djuk* (banderas de rezo budistas) flameando al viento, la de aldeas y caseríos con gente sonriente y hospitalaria a la vera del camino. La India mítica del Gran Himalaya, donde se alzan once de las catorce cumbres que superan los ocho mil metros, entre ellas el Everest, la más alta.

DARJEELING TRASLASHUELLAS DEL PASADO COLONIAL

Su nombre suena como cascabeles en el oído cuando lo dicen en nepalí. También conocida como “la tierra del rayo” (*dorje*, rayo; *ling*, lugar en tibetano), destino dilecto de los colonizadores en sus largos veraneos imperiales, la novísima –para la India milenaria, ya que los británicos la fundaron hace menos de dos siglos– Darjeeling, más que “estar al pie”, literalmente cuelga de los Bajos Himalayas, en el estado de Bengala Occidental. Tanto es así que, cada atardecer, un mar de nubes la envuelve y aquieta, como suspendiéndola en el tiempo. Porque contra lo que podría imaginarse, es una ciudad pequeña pero bulliciosa, versátil, atestada de comercios donde se consigue a buen precio (regateo mediante, aunque no siempre) desde el té legendario cultivado y envasado en la región hasta pashminas recién salidas de los telares (o las fábricas), saris de confección y no tanto, imágenes todo tamaño del múltiparo panteón hinduista y de la más humilde (en número) tradición budista y, cómo no, ropa deportiva clonada de las mejores marcas por chaucha y palitos. Quien desee comprar “cosas de la India” encontrará todo (o casi) en las dos vías principales de este entrevero empinado de callecitas y callejones: la

AQUÍ Vista de Darjeeling desde los Bajos Himalayas. **ENFRETE** Mujer en Maneybhanjang antes de comenzar la *Himalayan 100 Miles Stage Race*.

peatonal Nehru Road (alias The Mall) y la Hill Cart Road con su pujante bazar (en India llaman así a las calles que son hileras de tiendas, puestos, bolichitos). Los lugareños andan como cabras montañas por las veredas angostas (o su ausencia), esquivando vehículos de toda laya y bordeando los precipicios con naturalidad, ellos mismos son parte del paisaje. Con ojos curiosos buscan, insistentes, la mirada del prójimo. Cuando les preguntamos por su etnia, responden amablemente (siempre y cuando hablen inglés): gurka, sherpa, bengalí, anglo-india, bihari... y la cuenta podría seguir *ad infinitum*. Porque India es infinita, y Darjeeling, apenas una de sus puertas de entrada. Poco a poco vamos dejando atrás el hormiguero humano y un par de cuevas serpentina más arriba, el camino desemboca en el Padmaja Naidu. A 2.134 msnm, es el zoo más alto del mundo y alberga, entre monos incansables, tigres de Bengala y aves de plumajes furiosamente coloridos, dos de las criaturas más huidizas que existen: el panda rojo y el leopardo nublado (*Neofelis nebulosa*, casi en vías de extinción). Dentro del zoo funciona el Himalayan Mountaineering Institute, con estatua y mausoleo del sherpa Tenzing Norgay





AQUÍ Jardines de té en Darjeeling. **IZQUIERDA** Imagen de la diosa Kali en altar familiar. **ABAJO** Familia de turistas indios frente a la locomotora del Toy Train.

—el primero en alcanzar la cima del Everest junto con Edmund Hillary, en 1953— y museo *ad hoc* que retrata la historia de esa montaña: arneses, grampones y botas que alcanzaron la cima (un par, cortadas a ras del empeine: su dueño había perdido los dedos de ambos pies por congelamiento, pero siguió escalando), fotos de montañistas (varias mujeres entre ellos), cartografías varias, animales embalsamados y una reliquia de dudosa

autenticidad: la mano del Yeti. Gyan Thapa, nuestro anfitrión gurka, señala las pocas huellas aún visibles del pasado colonial de Darjeeling: antiguas mansiones británicas donde hoy funcionan escuelas privadas, la bigbeniana torre del reloj, el restaurante *Glenary's* y la estrella máxima, el *Toy Train*. “Empezó a funcionar en 1881 y ahí sigue, cubriendo el trayecto de Nueva Jalpaiguri a Darjeeling. Es una maravilla de la ingeniería; todavía utiliza los vagones

originales y el trazado en espiral de las vías forma tres bucles completos”, explica. Mientras habla, imagino el trencito cruzando llanuras áridas y ubicuas plantaciones de té sobre los primeros faldeos hasta llegar a los bosques de abedules azules de Ghum (a 2.258 msnm), y en un arrebatado pido hacer el viaje: isí, ya, ahora! Gyan sonrío su sonrisa dulce y me devuelve a la realidad: hay que reservar los boletos al menos dos días antes y el viaje lleva varias horas. A

manera de compensación hacemos el recorrido corto (30 minutos), que utiliza la locomotora a vapor original, anterior a 1925. Una vez alimentada la máquina con varias paladas de carbón, el tren silba y abandona la estación con su carga de turistas. Lento y sinuoso cual serpiente, bordea el laberinto de casas blancas con techos rojos, verdes, amarillos. Casi rozando las fachadas en su ruidoso traqueteo, deja su estela de humo sobre la ropa tendida que cuelga al

costado de la vía. A lo lejos, el majestuoso Kanchenjunga anticipa lo que vendrá.

MIRIK PARQUENACIONAL SINGALILA

El lago Sumendu refleja la magnificencia de los Himalayas Orientales con la primera luz. Estamos en Mirik, un pueblo apacible que imprevistamente evoca un verso de Neruda: “Mi casa era llamada la casa de las flores / porque por todas partes estallaban geranios”.



Lo mismo ocurre en Mirik... sólo que en *todas* las casas. Canteros, macetas y plantines de geranios estallan en balcones y galerías y el color-rojo intenso, puro fuego- parece invadirlo todo hasta que el verdor descomunal que tapiza las montañas (bosques de *Cryptomeria japonica*, me informan) marca un refrescante contrapunto. De hoy en adelante, la aventura comenzará cada día al amanecer. Esta cita obligada con la salida del sol responde a dos motivos: acompañar la marcha de la carrera y llegar a destino antes de que oscurezca. Pertrechados con lo justo y necesario (agua mineral, capas de ropa técnica, botas de trekking, sombrero y barritas de cereal) llegamos en *Jeep* a Maneybhanjang. Éste es el punto de partida tanto de la *Himalayan 100 Miles Stage Race* como de los trekkings comunes y silvestres, siempre con guía. Dos nenas ataviadas con sus mejores galas reparten *khatas* budistas (chalinas de seda blanca de buen augurio) y tras la estampida feroz de los corredores emprendemos nuestro primer día de caminata. La emoción es irremediable. Estamos pisando la cordillera más alta de la Tierra, la de las montañas sagradas del hinduismo y el budismo, donde nacen ríos de nombres incantatorios, fecundos, temibles: Ganges, Indo, Brahmaputra, Yangtsé. Ascendiendo en suave pendiente por el camino construido en 1948 -la frontera entre India y Nepal-, la bruma grisplata apenas deja entrever el primer *estupa* (pedestal sobre el que se apoyan otras construcciones o esculturas) en la pequeña aldea de Megma. Como salido de esa niebla extática, muda, viene a nuestro encuentro un chico

ENFRETE Estupa budista en los faldeos de Megma. **DERECHA** Mapas ilustrativos en el *Sherpa Tenzing Hotel*, Rimbik. **ABAJO** Niños esperando la llegada de los corredores, en Maneybhanjang.

cuyo nombre no alcanzo a descifrar. Franquea una verja de hierro labrado que conduce al jardín del monasterio, una construcción blanca y tan muda como la niebla donde, dice, meditan 16 monjes que no salen de sus habitaciones desde hace seis años. “Cuando por fin salgan”, remata, “tendrán el pelo largo, la barba más larga todavía, y las uñas aún más”. Y después de traducirnos lo que está escrito en el frontispicio -“liberarse del fantasma”- se esfuma como llegó, sin que nos demos cuenta. En Tumlin, después de 13 km a puro subibaja y ya a 2.970 msnm, probamos cruzar la frontera. Es fácil, y es raro: no hay línea que la demarque ni puestos de vigilancia, basta con dar un paso o un salto. De este lado, India. Del otro, Nepal. Saltando en zigzag llegamos al primer lodge de la zona, el *Siddhartha*, también bipartito (una cabaña de cada lado) para evitar problemas jurisdiccionales. Entre las cabañas, un establo con paredes y techo de caña delicadamente trenzada, y sobre el techo, unos cuervos enormes de pescuezo color tabaco. La niebla empieza a ceder y de pronto nos vemos rodeadas por un bosque tupido de helechos gigantes, magnolias, robles, rododendros y una asombrosa profusión de flores. Estamos en el





AQUÍ Músicos locales esperan a los corredores Maneybhanjang.

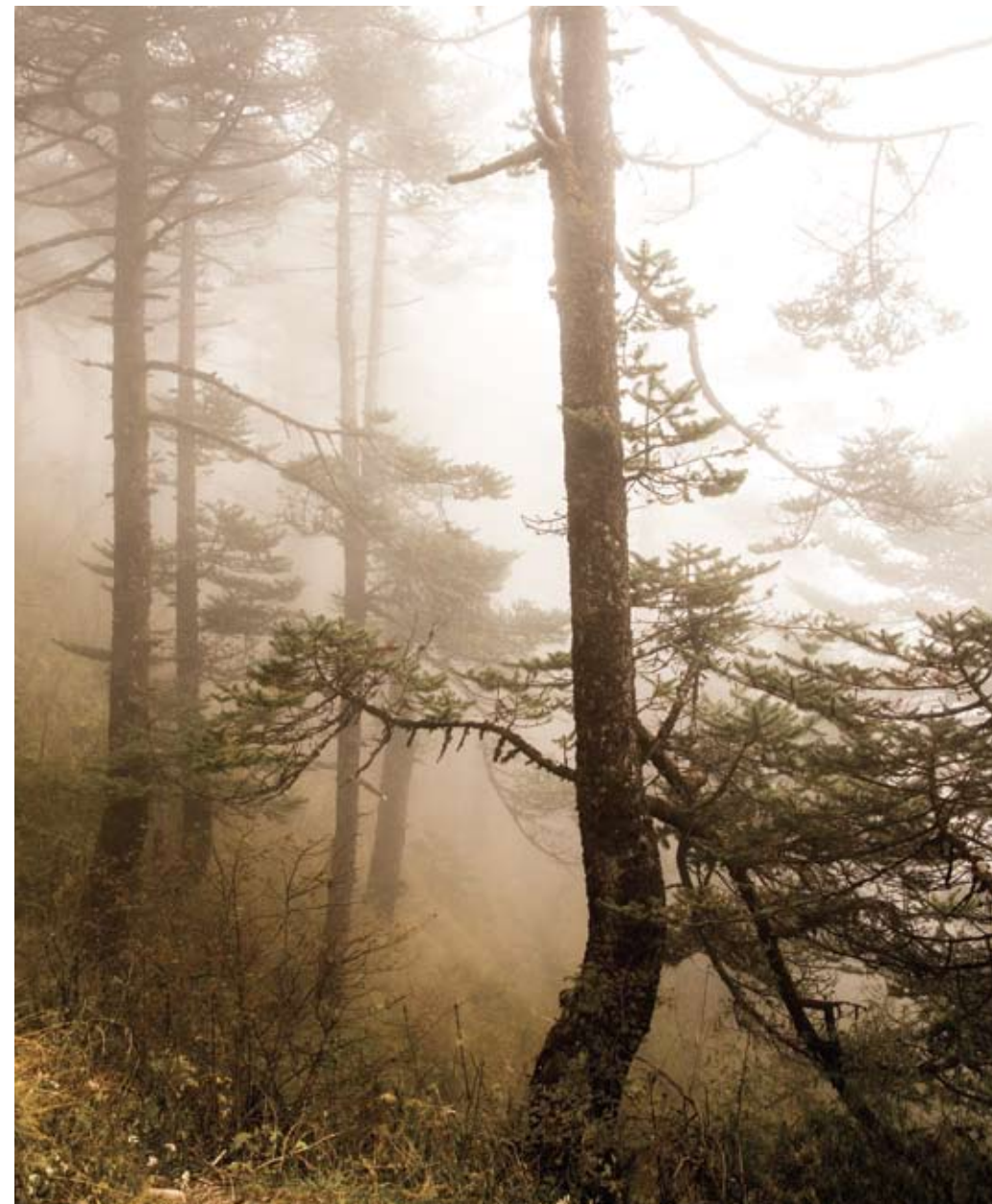
ENFRENTA Bosque brumoso camino a Sandakphu.

corazón del Parque Nacional Singalila, el favorito de los locales a la hora de acampar por ser territorio “libre de serpientes”. Con un poco de suerte y aguzando la vista, dizque pueden avistarse mamíferos para nosotros exóticos como el pangolín, el takin (*Budorcas taxicolor*) y el serow himalayo (*Capricornis thar*). Pero nada... sólo el silbido lento de la brisa, una sensación de soledad salvaje y el cansancio que ya se hace sentir. La presencia de una tropa de burros equilibristas bajo su pesada carga anuncia la proximidad de Kalpokhri, el único caserío dentro del Singalila. Exhaustas, subimos al *Land Rover* de 1954 para el difícil ascenso a Sandakphu: de hacerlo caminando cuesta arriba, tardaríamos casi tres horas.

SANDAKPHU CUATRO DELAS CINCO ALTÍSIMAS CUMBRES

El alojamiento en Sandakphu es precario, pero limpio: camas de colchones ultrachatos (hay que traer sí o sí bolsa de dormir), baño compartido (letrinas varias y a olvidarse de la ducha), menú buffet comido de pie (en caso de caminatas “normales”, el restaurante nepalés vecino ofrece platos típicos del país). Pero dormir a más de 3.600 msnm de este lado del mundo es toda una experiencia; el cuerpo se siente liviano,

flotante. Y durante la vigilia, la energía fluye más dinámica, dato importante a la hora de evaluar niveles de fatiga y agotamiento. Todavía bajo el manto de la noche, salimos en fila india, linterna en mano, y con unción cuasi mística trepamos a un montículo de mediana altura para esperar la salida del sol. Éste asoma acariciando el flanco oriental del Kanchenjunga (8.598 m), la montaña de los cinco picos (“los cinco tesoros de la alta nieve” en tibetano), una franja blanca suspendida entre dos azules: cielo arriba y bruma abajo. La luz comienza a circundar al Sandakphu hasta posarse, allá a lo lejos, sobre los tres grandes: Everest (8.848 m), Lhotse (8.511 m) y Makalu (8.475 m), que se recortan en el aire diáfano mientras el sol define los flancos escarpados, los abismos cortados a pico, las crestas coronadas de hielos eternos, que son el sueño (y muchas veces la muerte) de los montañistas. Renovado el misterio y emprendida la marcha, en una planicie inmensa (e inesperada a esta altura) escuchamos por primera vez lo que yo llamaría “la música de los Himalayas”: los cencerros de las vacas y el roce de sus patas sobre el pasto, el silbido prolongado de los pastores, la síncopa del silencio. Hasta que nos cruzamos con una hilera de porteadores golondrina cargando sus *dokos* (canastos nepaleses de bambú) a la espalda y unos caballos ramoneando hierbas ralas junto al monolito que señala, para que las nubes la vean, la frontera “oficial” entre India y Nepal. Un poco más adelante, a bordo del *Jeep* magistralmente conducido por Subash, atravesamos otra inmensidad verde a puro precipicio: las curvas del camino son tantas



y tan seguidas que dibujan la silueta de un ouroboros desde lo alto, a medida que las vamos dejando atrás.

HACIA RIMBIK SELVATROPICAL, ESTUPASY MONASTERIOS

Amul Rai, el porteador nepalés que nos acompaña, reparte viandas y botellas de agua. Los corredores ya pusieron rumbo a Phalut y nuestra caminata de hoy será la más larga y exigente de todas: sendas estrechas, a

veces desdibujadas, millones de atajos, escaleras de piedra enclavadas en la montaña... imposible contar con vehículo de apoyo. De las cercanías de Sandakphu hacia Rimbik cruzamos, casi en línea recta (aunque no nos damos cuenta de eso), una selva tropical donde nos intuimos espiados por pandas rojos y otros autóctonos mimetizados con la exuberante vegetación. Helechos y epífitas, flores silvestres, cascadas ocultas que sólo por el sonido se detectan,

bambusales cerrándose sobre los senderos... Amul conoce todos los vericuetos y allí donde nuestros pasos vacilan, los suyos esquivan obstáculos, tienden puentes invisibles entre un margen y otro de la inestable senda, y súbitamente la gracia adquiere condición humana. Después de un reparador descanso a orillas del lago Chandu –un espejo de agua verde opaca donde alguien (¿pero quién, si aquí no hay nadie?) construyó un refugio



para la única pareja de patos residentes– y otras dos horas de caminata, emergemos de un inmenso claro de luz donde se yergue solitario el monasterio budista

Manedara Samtencanto. Nos reciben las chicharras con su canto ensordecedor, sólo interrumpido cuando Denise (la fotógrafa) hace girar el gran *mane* (rueda de plegaria) que preside la entrada. A unos metros del monasterio, una presencia humana: la señora que cuida los viveros nos saluda con el consabido y sonriente *namasté* (que aquí es santo y seña) y, señalando una hilera de canastos rebosantes, va explicando: *chili, corn, pepper...* Los granos de maíz dorado, grandes como monedas, revelan (una vez más) cuál es la verdadera riqueza de la Tierra.

Y así, caminando, llegamos a la apacible Rimbik, pequeña aldea –y última posta del camino para nosotras– donde pasaremos dos noches en el *Sherpa Tenzing Hotel*: verdadero oasis en las alturas, tanto por la comida como por las habitaciones y la atención personalizada en el mejor sentido de la palabra. Los viernes por la mañana, día de mercado, Rimbik Bazaar se transforma en una catarata tal de colores, sabores y aromas que sólo puede describirse recurriendo a la enumeración. Los perros son muchos y andan sueltos, altares hinduistas y budistas conviven en respetuosa armonía, mujeres de sari barren veredas y escalinatas con una suerte de plumero-escoba de paja, los vendedores de especias no utilizan balanza: miden las cantidades con una serie de vasos y vasijas y entregan el precioso producto –pimienta, cardamomo, curry, azafrán–

ARRIBA “Maneras de viajar” por los Himalayas. **ABAJO** Altar privado en una casa de Rimbik Bazaar.

envuelto en papel de diario, los sastres cosen y remiendan ropa a máquina charlando con sus amigos, los zapateros cambian suelas de zapatillas deportivas en plena calle, los dueños de la versión india de nuestro “almacén de ramos generales” –un cambalache de cencerros, rebenques, golosinas, candados, jabón en polvo, piletas de cocina, láminas brillosas y baratas de Ganesha y Lakshmi (las dos divinidades más populares), palas de hierro, pastas secas y sahumerios– esperan la llegada de los clientes en la posición del loto o apoltronados en sus colchones a ras del suelo. (En la misma posición yogui circulan, de un pueblo a otro por el infinito camino de cornisa, sentados sobre los techos de las camionetas.) Cuando cae la noche el tráfago desaparece, el olor del incienso invade suavemente la larga y única calle adoquinada, y se encienden velas en todas las puertas bajo el cielo más estrellado que vieron mis ojos. Denise lo resume impecablemente: “Estrellas en el cielo y en el suelo”. Mañana será otro día. Los corredores habrán llegado a su meta y nosotras, que ya hemos alcanzado la nuestra –caminar por los Himalayas–, emprendemos el regreso.

HIMALAYAN 100 MILES STAGE RACE & MOUNT EVEREST CHALLENGE MARATHON

Bajo la batuta del ya legendario C. S. Pandey y su joven asistente Mansi, todos los años (desde 1991) tiene lugar en los Himalayas Orientales esta carrera de larga distancia, cuyos principales atractivos son la impecable y afectuosa organización y los paisajes deslumbrantes. Plantaciones de té color esmeralda, bosques tropicales de una exuberancia impensada en estas latitudes, aldeas y caseríos dispersos y, durante casi todo el recorrido, vistas de los montes Everest, Lhotse, Makalu y Kanchenjunga, cuatro de las cinco cumbres más altas de la Tierra (la quinta es el K2, en Pakistán). El recorrido abarca 160 km, aproximadamente, divididos en cinco etapas que van de 21 a 42 km, a lo largo de la frontera entre India y Nepal. Siempre en territorio indio, más específicamente en la provincia de Darjeeling, estado de Bengala Occidental.

La categoría *runner* está dirigida a los corredores –profesionales de alta gama, aficionados y hasta improvisados con buena salud y algo de entrenamiento previo–, que deben cubrir sí o sí la distancia completa (siempre pueden retirarse y continuar como *walkers*, pero casi nunca lo hacen). Los que participan en la categoría *walker* –casi siempre cónyuges de corredores y corredoras– recorren andando unos 56 km, contando con *Jeeps* de apoyo en buena parte del trayecto. Los *runners* pueden optar también por una modalidad más breve y concentrada, la *Mount Everest Challenge Marathon*, que se realiza el tercer día y tiene premio aparte. Entre los varios reconocimientos recibidos, el ceremonioso y entusiasta Mr. Pandey destaca que esta carrera fue “el primer *eco-sport* en el mundo”, ya que –además de haber fomentado el desarrollo económico y turístico en los pueblos, aldeas y parques nacionales que cubren su trayecto– enfatiza la importancia de cuidar y respetar el planeta, siempre desde una mirada amorosa; porque si algo puede decirse de Pandey es que ama perdidamente a los Himalayas, “sus”

montañas, y transmite ese amor a todos. Este año el ganador de todas las categorías (carrera, maratón y competidores masculinos) fue el alemán Gabriel Seiberth, con un tiempo total de 17 horas y 59 minutos. Entre las mujeres –la favorita británica Georgia Woods tuvo que abandonar por lesión, pero prometía derrotar al propio Seiberth y a una auténtica gloria germana: Stefan Schlett, que con sus 52 años salió tercero–, la primera en cortar la cinta de llegada fue Sonja Braun (también alemana), con un tiempo total de 22 horas y 56 minutos. Ya están abiertas las inscripciones para la competencia de 2015 y el programa de actividades puede consultarse en: www.himalayan.com www.facebook.com/himalayanrunning

